

Pantallas



Iconofilias ¿Cuál es la última imagen que proporciona un máximo dirigente político en el momento de abandonar el poder? Sus últimos movimientos ante las cámaras trazan el relato de cómo se le recordará en la posteridad

Adiós, presidente

JORDI BALLÓ

Todo hombre público tiene ante sí el reto de la inmortalidad. Un reto ineludible, que tiene que ver con su lugar en la posteridad, con su recuerdo o su olvido. La épica oral, la literatura escrita, la escultura conmemorativa, el mausoleo, el teatro y más tarde el cine han contribuido, en siglos diferentes, a alumbrar las imágenes verbales o visuales que nos han dejado los dirigentes políticos en su paso fugaz por el Atlas de la historia. En nuestra época son la fotografía de prensa y la televisión los medios que han tomado el relevo en la responsabilidad de crear los grandes relato icónicos sobre la perdurabilidad de un hombre de Estado.

En este juego entre poder y memoria, los máximos responsables de un país ocupan el eje de máxi-

ma tensión. Porque un presidente democrático genera, por principio, un sucesor, sea seguidor u oponente. Y en este momento del cambio, el saliente sabe que abandona un puesto irrepetible y que a partir de aquél momento no le quedará más que jugar con aspectos secundarios. Y que, por tanto, debe dejar inmortalizada su imagen en el momento justo del relevo.

Ante esta voluntad de dejar huella visual se imponen dos modelos de representación: la icónica y la narrativa. Es decir, la que busca una imagen silenciosa y perdurable que sea capaz de generar en ella misma el misterio de la ausencia, y la que se centra en el encadenamiento de secuencias que narren un ciclo vital completo. Los presidentes franceses ocupan un lugar preferente en el cultivo de la

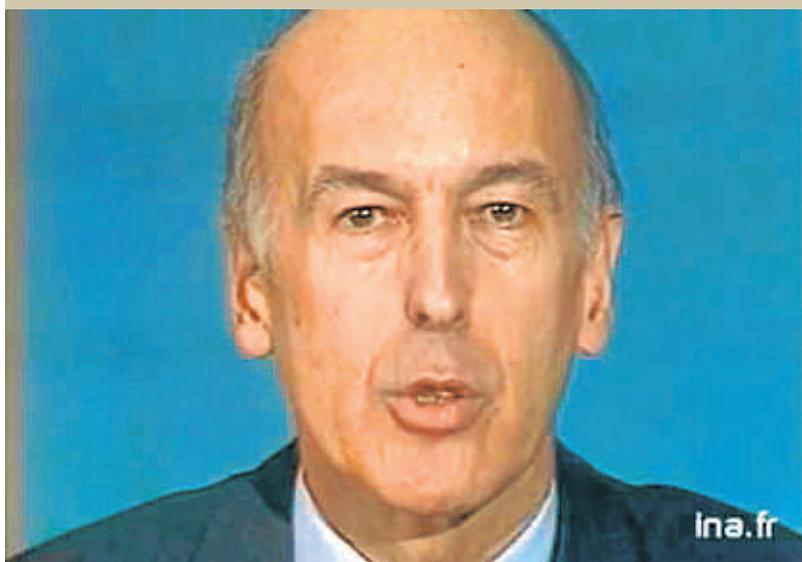
imagen icónica. Pero no siempre les ha sido fácil dar con ella. A François Mitterrand le preocupaba obsesivamente la inmortalidad, pero no era un controlador de la imagen televisiva. Consciente de ello, concentró todo su legado en la arquitectura monumental: la in-

El presidente saliente sabe que tiene que dejar inmortalizada su imagen en el momento mismo del relevo

auguración de la pirámide del Louvre siendo presidente tiene algo de mausoleo para su figura, como un adelanto de su propia muerte. En cambio, quien sí consiguió una imagen televisiva definitiva fue su oponente y antecesor, Giscard d'Estaing.

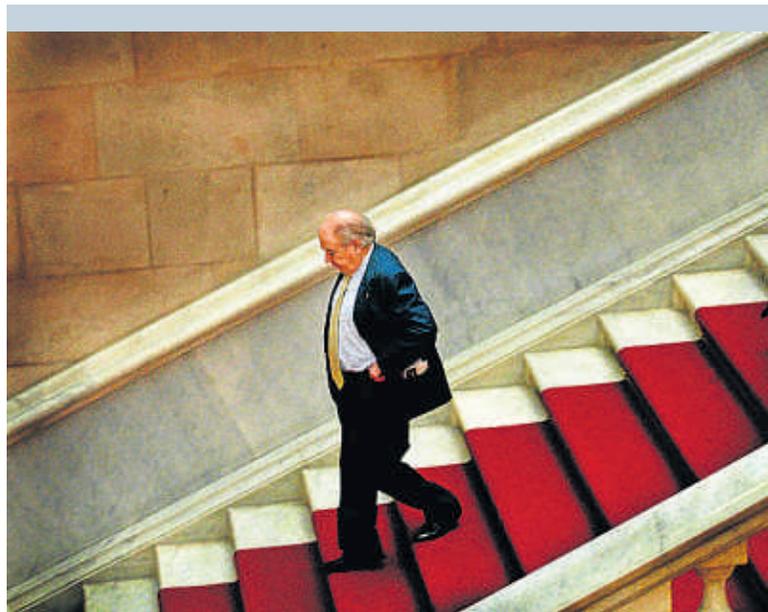
Sorprendido por su derrota electoral, Giscard orquestó una de los mejores puestas en escena que se conocen sobre el abandono del poder. Fue en un salón del Elíseo, con las cámaras televisivas retransmitiendo su mensaje de despedida. Cuando hubo terminado su discurso oral, y en perfecta sintonía con el realizador de la transmisión, Giscard se levantó y salió por el fondo del plano, dejando la silla vacía. Este plano de ausencia se sostuvo inmóvil durante todo el tiempo que duró la música de *La Marsellesa* que acompañó esta forma inolvidable de decir "hasta la vista". A partir de esta secuencia es habitual dejar una silla vacía como signo de despedida crítica. Los periodistas de la ya desaparecida CNN Plus así lo han hecho en su última aparición, abandonando todos el plató y dejando mesa y silla en soledad simbólica.

Los presidentes americanos, por su parte, se fían más de la narrativa, quizás porque saben que el fin del cargo no significa necesariamente el olvido, y que queda mucha cera por arder en sus trabajos de ex presidentes, como bien ha demostrado Jimmy Carter, que ha dado mucho juego visual en su traba-





REAGAN El funeral por el carismático presidente norteamericano tuvo aires de épica fílmica. Tras el ritual en el interior de una catedral, el funeral se trasladó al aire libre, en el cementerio. El viaje fue filmado con presencia apabullante de su viuda, que fue puntuando dramáticamente todo el proceso. Llegados al lugar final de destino, se encadenaron diversas acciones militares siempre combinadas con el primer plano de la viuda llorando sobre el féretro. El abrazo final en plano general consagró este empalagoso relato visual como una de las cimas del culto al presidente muerto, a través de la imagen del desconsuelo



PUJOL El presidente de la Generalitat abandona la sede del Parlament tras la investidura de su sucesor. Se trata de una larga secuencia retransmitida en directo por la televisión catalana, cuyo realizador intuyó que la noticia visual auténtica se encontraba en esta retirada de la primera línea de poder del presidente más longevo. Hay algo de épica de western en el acto de irse hacia un horizonte incierto



MARAGALL Su partido le había retirado su confianza, con lo cual la soledad de Pasqual Maragall al salir de la sesión del Parlament tras la investidura de su sucesor José Montilla no era épica, sino lírica. Se apoyó en el hombro de su mujer, como una manera de sellar ante todo el mundo una alianza familiar que se confrontara a las traiciones políticas. Esta imagen resulta ahora especialmente emotiva



MONTILLA El último presidente saliente no creó ninguna imagen significativa de su abandono del Parlament. En los días sucesivos sus apariciones públicas estuvieron marcadas siempre por la compañía ubicua del presidente entrante, que repitió varias veces un gesto de cordialidad táctil, la mano en la espalda, que creaba una significativa confusión visual sobre quién llegaba y quién se iba

jo posterior de intermediario internacional. Otra cosa ocurre cuando el mandato tiene un fin brusco, como la retirada forzosa de Nixon. Aquí sí que la última imagen es definitiva.

Los asesores de Ronald Reagan orquestaron un auténtico relato visual para despedir su figura en su funeral de Estado. Un relato que combinaba el alfabeto militar, con salvas de cañones, desfile de aviones y banderas multiplicadas, con una desbordante y excesiva actuación protagonista de su viuda, convertida en rostro y cuerpo sufriente en busca obsesiva de consuelo,

En la democracia española, el caso de Adolfo Suárez tiene que ver con la "anatomía de un instante",

Giscard orquestó una de las mejores puestas en escena que se conocen sobre el abandono del poder

descrita por Javier Cercas: ninguna imagen puede superar la de la inmovilidad en su escaño el día del 23-F, su auténtico testamento visual y político. De los otros presidentes del gobierno, solo José Ma-

ria Aznar se había procurado un ritual del relevo sucesorio, un plan que quedó en nada tras el atentado del 11-M que segó toda expectativa sobre su estela de futuro.

Entre los presidentes electos de la Generalitat de Catalunya el caso más significativo es el de Jordi Pujol. El día que su inesperado sucesor Pasqual Maragall fue investido en el Parlament, Pujol abandonó la sala para bajar solemnemente, y en solitario, las escaleras que le conducían a su nuevo destino. Unos pocos años más tarde le tocó a Pasqual Maragall recorrer este mismo camino, abandonado por su partido y con el único soporte visible de su mujer, Diana Garrigosa, en una imagen premonitoria de su lucha común contra la enfermedad. El último en abandonar el poder ha sido José Montilla, que no ha escenificado ninguna marcha en solitario. En todas las imágenes que certifican el fin de su mandato, Montilla estuvo siempre acompañado por su sucesor Artur Mas, que mantuvo con él gestos de cordialidad que impedían la magnificencia del despido. A la vista de la imagen repetida de los dos hombres enlazados, se ratifica la ingenuidad icónica del que se va y el conocimiento del recién llegado. |



GISCARD Es la obra maestra absoluta. Situado ante una mesa con flores en un salón del Elíseo, el presidente derrotado reconoce su situación en un discurso ante las cámaras. Cuando termina su breve alocución, lanza un "au revoir" tras el cual el realizador pasa a plano general y deja que el espectador siga cómo Giscard se aleja con parsimonia hacia el fondo de la sala hasta desaparecer tras la puerta lateral. Entonces la cámara se mantiene fija en la imagen de la silla, las flores y el fondo gris mientras suena el himno nacional francés en toda su extensión. Un plano vacío memorable sobre la ausencia